

del Setecientos y, en concreto, a la práctica política y al impacto de las ideas ilustradas. Es decir, el autor se propone el objetivo de paliar este vacío historiográfico y hacer un estudio biográfico «contextualizado» sobre Ricardo Wall, secretario de Estado de 1754 a 1763, analizando su carrera militar, diplomática y política a fin de trazar una imagen lo más objetiva posible de una figura controvertida, que fue víctima de acusaciones que han ensombrecido su figura y su legado político. Para llevar a cabo su estudio, el autor utiliza fuentes documentales variadas y abundantes, tanto de archivos nacionales como extranjeros, que completa con la consulta de un amplio elenco bibliográfico.

El estudio aparece estructurado en tres capítulos. Los dos primeros son muy breves, pues apenas abarcan veinte páginas. En el primero, después de decir unas palabras sobre las relaciones hispano-irlandesas en la época moderna y el exilio de muchos irlandeses a Francia después de la caída de Jacobo II, rastrea los orígenes de la familia Wall y su relación con la causa jacobita. Y en el segundo examina el nacimiento de Ricardo Wall en Francia y sus primeros años en este país, así como el de otros miembros de su familia. En cambio el tercero es mucho más amplio y constituye el núcleo de la obra, pues a través de más de doscientas páginas analiza la carrera de Wall en España y termina con un apartado sobre su vida después de dejar la política. El orden cronológico que sigue facilita el seguimiento del iter profesional del biografiado, pero la pretendida «contextualización» del autor diluye en muchas ocasiones el objeto de su estudio.

Aunque el autor no puede precisar la llegada de Wall a España, afirma que la consolidación de Felipe V en el trono español y la política revisionista que practicó después de Utrecht atrajo a muchos jacobitas irlandeses, entre los que se encontraba Wall, que parece que llegó en 1716 con una recomendación de la duquesa de

TÉLLEZ ALARCIA, Diego. *D. Ricardo Wall. Aut Caesar aut nullus*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2008, 377 pp.

El autor nos ofrece una biografía de Ricardo Wall, un personaje de origen irlandés y prácticamente ignorado por la historiografía española, a pesar de que ocupó los más altos cargos en la administración durante los reinados de Fernando VI y primeros años de Carlos III. Por ello, es de agradecer un estudio que traza una semblanza histórica de un personaje tan relevante y representativo de su época, acercándonos al panorama político español de mediados

Vedôme para el abate Alberoni (no fue creado cardenal hasta julio de 1717), que ya había desplazado al cardenal del Giudice del poder y se había convertido en el ministro más importante de la Monarquía. A partir de aquí inició una carrera militar que, después de veinte años de servicio y participar en distintos conflictos militares, consolidó con la concesión de un hábito de la Orden de Santiago y el mando de un regimiento de dragones en 1740.

Con la muerte de Felipe V y el ascenso al trono de Fernando VI algunas de las cabezas visibles del nuevo entorno cortesano eran personas con las que Wall tenía buena relación y esto le facilitó entrar en su círculo de poder, abandonar el servicio activo en el ejército e ingresar en la carrera diplomática, desempeñando misiones en Génova y Londres, donde debía negociar los litigios pendientes con Inglaterra. El autor analiza con detenimiento esta misión, que en sus primeros años se vio entorpecida por los embarazos del Marqués de Tabuérniga; pero, después de la firma de Paz de Aquisgrán y la repatriación del marqués, la situación mejoró considerablemente para Wall y logró convencer al gobierno inglés del interés de España por abandonar la órbita francesa y practicar una política de neutralidad, lo que levantó ampollas entre los franceses y provocó la desconfianza hacia el futuro ministro, acusado de anglófilo.

La muerte de Carbajal en 1754 desató las apertencias de poder entre las dos facciones que controlaban el gobierno, el grupo de Ensenada y el de Huéscar (luego duque de Alba), y será este el que termine imponiéndose, consiguiendo que el rey nombre a Wall secretario de Estado en 1754. Pero el autor emplea, en mi opinión, demasiadas páginas para describir el acoso y derribo de Ensenada, limitándose a decir cuatro palabras sobre la actuación de Wall en su caída. La eliminación del Ensenada y del padre Rábago no trajo la deseada tranquilidad al nuevo equipo de gobierno, porque Eslava,

secretario de Guerra, se convirtió pronto en un icono de oposición a la política del nuevo gobierno y, además, el dinamismo de Wall chocó con la indolencia de sus dos principales protectores: el Duque de Alba y el Conde de Valparaíso, por lo que en 1757 Wall comenzó sopesar la opción de dejar el gobierno por los problemas de salud que le aquejaban y que se habían acentuado desde su entrada en el ministerio. Superada la crisis, Wall estaba en la cúspide del favor regio, pero la muerte de la reina en 1758 y el deterioro progresivo de la salud del rey desataron de nuevo las intrigas cortesanas por ganarse el favor del futuro monarca en «el año sin rey». Pero la actuación de Wall en esta difícil coyuntura fue clave para facilitar el traspaso pacífico de poderes y mostrar la solidez del sistema de gobierno del rey con los ministros.

Aunque Carlos III había comunicado a Wall que se serviría de él cuando llegase a Madrid, los primeros tiempos de su gobierno no fueron fáciles por las intrigas de la duquesa de Castropignano, las ansias de poder de Esquillace y las maniobras del nuevo embajador francés, Ossun, que contaba con la amistad del rey Carlos. Por si fuera poco, la vuelta de Ensenada a la corte suponía un golpe importante para Wall y los suyos. Con la muerte de la reina Amalia la ofensiva contra Wall se agudizó, según ordenó Choiseul, pero no consiguieron nada porque contaba con el favor del rey y la neutralidad de la reina madre y de Esquillace. Es verdad que Wall tuvo que cambiar de posición política para conservar su ascendiente sobre el monarca, con lo cual las críticas amainaron.

El autor, al analizar la renuncia de Wall al ministerio, no la «caída», se detiene con exceso en las relaciones hispano-romanas, cuando este tema ha sido ya estudiado por otros autores y no aporta casi ninguna novedad, en vez de limitarse a examinar la participación del ministro en estos problemas y qué influencia tuvo la suspensión de

la pragmática del *exequátur* en su renuncia al ministerio, aduciendo problemas de salud. Termina el libro con unas interesantes páginas sobre el retiro de Ricardo Wall y su gestión en el Real Soto de Roma, de grata lectura, donde le llegó la muerte en 1777, cuando contaba 83 años de edad.

Para terminar, creo que hay que agradecer al autor la aportación historiográfica que hace con este libro, al dar a conocer la figura del secretario de Estado que dirigió la política exterior de la Monarquía de 1754 a 1763, utilizando fuentes inéditas de gran riqueza e interés, aunque el apego al documento y las largas y frecuentes citas textuales dificulten a veces su lectura. Algo similar pasa con la «contextualización», pues si es necesario situar el objeto de estudio, en este caso la figura de Ricardo Wall, en el contexto histórico en que se desarrolla, éste no puede convertirse nunca en el objeto de estudio, dejando en un segundo plano o diluyendo el verdadero objeto que pretende estudiar, como sucede en algunos apartados del libro y de forma especial en las páginas en que describe la caída de Ensenada. De todas formas, quiero resaltar el interés del trabajo y felicitar al autor porque, gracias a su estudio, conocemos un poco mejor la figura y la vida de este ministro ilustrado, irlandés de origen, francés de nacimiento y español de adopción.

Maximiliano Barrio Gozalo